

Rita De Maeseneer, *El festín de Alejo Carpentier. Una lectura culinario-intertextual*: Genève, Droz ("Romanica Gandensia, XXXI"), 2003.

Huelga decirlo, más que nunca en este año del centenario de Carpentier: la obra del novelista cubano ya hace parte del acervo clásico de las letras hispánicas. Ya ha sido recorrida en múltiples sentidos y con los más diversos métodos por una crítica que plasma sus resultados en una bibliografía ingente. Este libro vuelve a examinarla desde un punto de vista poco o nada transitado, la comida, que le sirve de pretexto a la ya reconocida "caribeñista" belga para proponer nuevas lecturas buceando en varias capas interpretativas de las ficciones de Carpentier teniendo presentes los numerosos textos teóricos y periodísticos del inventor del debatido concepto de "realismo maravilloso". Por supuesto, los caminos de la "nueva" crítica son también metafóricos: Alejo Carpentier fue, consabido es, un ogro devorador de textos de toda clase. Rita De Maeseneer se valdrá de la imagen para retomar el sendero de la intertextualidad ya caminado por ella en su tesis doctoral inédita leída en 1992 (*Alejo Carpentier, 'La consagración de la primavera'*. Una in-cita-ción).

Pero antes de invitarnos a comer virtualmente el texto carpenteriano, la autora nos pone en la mesa un primer plato de "disquisiciones culinarias" (pp. 29-60), fundadoras de una "gastrocrítica" que podría reivindicar la autoridad de ilustres precursores tales como Brillat-Savarin, Baudelaire, Freud, la *Ecole des Annales*, Malinowski, Lévi-Strauss, Barthes, Bajtín y probablemente un largo etcétera. El eje de la comida que organiza el estudio viene justificado *ad hoc* por los contextos culinarios mencionados en el famoso "manifiesto" de 1964, "Problemática de la actual novela latinoamericana", desmenuzado aquí con una agudeza tanto más de agradecer que este texto ha sido citado por los "carpentieristas" *usque ad nauseam* (y no siempre con el debido respeto a la intención autorial).

Una paradoja también organiza el libro de Rita De Maeseneer: las referencias a la comida no abundan en las ficciones de Carpentier, según lo confiesa la misma autora al principio de su "Itinerario culinario" (pp. 61-207). Esta escasez se explica por el tratamiento de los personajes que simbolizan ideas desapareciendo el enfoque imprescindible para la temática objeto del discurso que relaciona el cuerpo y la comida. Sin embargo, se observa que esos personajes "beben muchas más veces de las que comen" (p. 69). ¿Otra paradoja? ¿O será que la explicación por la función de los personajes resulte insuficiente? ¿No cabría recurrir aquí a un inconsciente del texto que implicara otra metodología? Cualquiera que sea la solución del enigma, se constata que en las novelas y cuentos de Carpentier los personajes beben alcohol para eludir la confrontación consigo y buscar el olvido, para desinhibirse, por nostalgia

de la tierra originaria o por enajenación. Nada muy original, pues. Pero esta carencia carpentieriana viene compensada por el discurso crítico de Rita De Maeseneer, quien, a todas luces influida por el autor estudiado, aprovecha la temática restringida de la comida para hacer incursiones fugaces o explayarse en digresiones sobre aspectos fundamentales y tópicos (el espacio, el tiempo, los puentes culturales, el *acá / allá*, América y Europa, ...), así como para escudriñar detalles como las evocaciones de la figura del inmenso poeta francés Saint-John Perse (p. 83) en la obra de Alejo Carpentier: “El tema culinario, por anodino que pudiera parecer a primera vista, ha hecho emerger algunas ideas centrales en los debates sobre la literatura caribeña y latinoamericana, de inspiración postcolonial.” (p. 181).

Este enfoque sobre “ideas centrales” no impide que se pongan de manifiesto ausencias tan importantes y reveladoras como la eliminación casi completa de la asociación socorridísima entre la comida y el sexo atribuida a la pudibundez del novelista, o más anecdóticas aunque sorprendentes como la poca presencia del café o del agua. Si la escasez de café se explica por lo común de la bebida en Cuba que le quita valor protagónico, confieso que no veo por qué Carpentier no ha aprovechado el rico simbolismo del agua. Aquí también una ojeada a otras fuentes metodológicas (por ejemplo al cada vez más —injustamente— olvidado Gaston Bachelard) quizás hubiera podido abrir puertas hacia un principio de respuesta.

Al examinar las textualizaciones de las cuatro fases relacionadas con la comida —producción, distribución, preparación y consumo— (pp. 86 y sigs.), De Maeseneer no puede sino observar que ninguna sobresale en las obras de ficción de Carpentier. Otra vez estas presencias relativamente discretas solicitan nuestra curiosidad y sed de hipótesis explicativas, las cuales se dan en abundancia a la hora de analizar el consumo acudiendo a propuestas sea socio-literarias, sea folclórico-tradicionales. “Mucho más que lo pantagruélico está presente la vertiente famélica, sobre todo en las primeras obras [...] todavía influenciadas por la corriente criollista” (p. 109). La *negación* de la comida parece ser, pues, paradójicamente un hilo conductor de este estudio. Pero de lo negativo, De Maeseneer saca esta vez todo el jugo interpretativo: el hambre de Carpentier le produce un discurso prolífico que no desdeña el sabroso juego de las metáforas explicativas: Víctor Hugues, “panadero de Port-au-Prince no sólo amasará el pan, sino que amasará a los demás, e incluso será amasado él mismo por las circunstancias políticas en las que se verá envuelto” (p. 97). Es así como el texto ficticio se diluye discretamente en un discurso crítico que sigue con el examen detenido de las comidas rituales presentes más en *Ecueyamba-o* que en *El reino de este mundo* (pp. 119 y sigs). El abandono de la materia se debería a la poca familiaridad que Carpentier tenía con ella. Pero sin desechar esa opinión ¿no podría vincularse la deserción temática con las nuevas perspectivas de una novelística ensanchada a culturas más híbridas en las que los ritos culinarios se dan en proporciones menores?

Comer no sólo es ingerir, es también el entorno de la comida, “*les manières*

(y manías) *de table*". El tema de la comida como representación le da a De Maeseneer la oportunidad de abordar siempre con prudencia y razón las cuestiones polémicas o las ambigüedades ideológicas de la obra analizada. Así la *négritude* es objeto de una larguísima digresión (pp. 129-153) en que se traza la evolución ideológico-literaria de Carpentier con respecto a la problemática negra que se acercaría más a la posición de Cyril Lionel James que de Frantz Fanon (p. 150).

En el apartado dedicado a la comida como señas de identidad (pp. 153 y sigs.), nuestra "gastrocrítica" *cum grano salis* destaca una de las muchas contradicciones del novelista en su apreciación cambiante de España (y de sus comidas). Desde luego, la dimensión diacrónica del tema no se le escapa: de hecho las maneras de preparar y consumir los alimentos cambian con el tiempo. Es aquí donde De Maeseneer señala los pocos anacronismos de Carpentier relacionados con la comida aunque opino hoy que en una novela histórica no sólo son perdonables sino que el rectificar erróneamente menudencias averiguadas del pasado es todo un derecho del autor de ficciones.

El examen de los "contextos culinarios" desemboca en una conclusión plasmada en el capítulo 17 de *La consagración de la primavera* donde confluyen los "sedimentos raciales" americanos y los sabores de las comidas "criollas" tricontinentales, comidas mestizas, híbridas, receptáculo de la creatividad cubano-americana.

La última etapa de este "itinerario culinario" trata de la polémica cuestión del canibalismo de los indios de la que De Maeseneer presenta un *status quaestionis* antropológico y literario, recuento de obras del que falta (p. 183) un título importante, el de la famosa tragedia *Tiestes* de Séneca. Luego sitúa a Carpentier en el debate como comentarista comprometido de los discursos e interpretaciones erróneas del canibalismo indígena, proyección del imaginario europeo. Pero el novelista va más allá: sale en defensa del "canibal" y del negro Calibán.

Pasando el Rubicón de la metáfora, De Maeseneer dedica el capítulo 4 de su libro —emblemáticamente más largo que el anterior— a "Carpentier, devorador" de textos (pp. 209-358), agente de una transculturación cosmopolita, integradora y transformadora de las culturas de los colonizadores al incorporarlas en las de los oprimidos. La abundancia de la materia impone una reducción (¿culinaria?) al estudio de las intertextualidades en un cuento, "El camino de Santiago" (1954) y en *La consagración de la primavera* (1974), novela algo pesada, si se me permite confesar un gusto compartido por más de un admirador de Carpentier. La investigación minuciosa concentrada en el examen de las "citas" directas corresponde a la labor meticulosa del cubano al recoger los textos de otros escritores y a su habilidad para integrarlas en sus propias ficciones. Además se teje una red densa y apretada de autorreferencias al conectar los intertextos encontrados en las dos obras de partida con las demás donde se usaron. Pero más importante que el saber enciclopédico es el uso que de ellos se hace. "Aparentemente ornamental[es] y secundari[as]", en "El

camino de Santiago” (p. 232), las citas insertadas se relacionan sin embargo con el eje estructural del cuento, el doble y la repetición, jugando a la vez con la identidad y la variación: “Los personajes, los temas, los lugares, los recursos estilísticos, la estructura y la intertextualidad se funden armónicamente en un imparable *canon perpetuus*” (p. 242).

Por su parte, *La consagración de la primavera* presenta una “abrumadora intertextualidad” (p. 243), que, agrego yo, roza la pedantería. Desde el *Julius Caesar* de Shakespeare a *Mariana Pineda* de Federico García Lorca, pasando por los himnos de Prudencio —embutidos a la fuerza— y los cisnes de Mallarmé, es el catálogo de la biblioteca de Carpentier el que aquí se desglosa. Los personajes parecen existir sólo como inagotables fuentes de citas y de referencias cultas más o menos vulgarizadas, más o menos tópicas, cuya acumulación acaba cansando al lector.

Funcionalmente, la cita sirve para identificar a los personajes. Vera es más bien lectora de poesía y el verso de Valéry, “La mer, la mer toujours recommencée” aparece siempre referido a ella, simbolizando “su asidero a lo largo de sus andanzas” (p. 288). Esa repetición del verso más famoso del “más europeo de los poetas” ha de leerse también como signo del puente cultural entre ambas orillas del Atlántico por el hecho de que Paul Valéry escribió el prefacio a la traducción francesa de *Leyendas de Guatemala* de Miguel Ángel Asturias.

También el personaje de Vera viene vinculado a los cuentos de hadas y libros “para niños”, como la *Alicia* de Lewis Carroll y, por supuesto, a obras sobre la danza (*Memorias* de Tamara Karsavina, *Lettres sur la danse* de Jean-Georges Noverre, etc.). Todas estas citas contribuyen al retrato de una mujer sensible, recluida en el mundo de su infancia pero capaz de enfrentarse a la vida para “llegar a alguna parte”, es decir en su caso poner en escena una “Consagración de la primavera” innovadora.

Enrique cita textos más “teóricos”, filosóficos, ideológicos y hasta meta-literarios (manifiestos vanguardistas en particular del surrealismo, textos de Engels y Marx, Goethe y Melville, ...). Pero contrastando con Vera, la rusa, quien menciona a Tolstói, Gogol o Dostoievski, el personaje cubano no está asociado explícitamente con escritores de su patria. Otro platillo vacío que el lector de *El festín de Alejo Carpentier* hubiera apreciado que se llenara. Pero como subraya acertadamente De Maeseneer, *La consagración de la primavera*, “libro hecho de retazos”, (p. 342) derrocha tantas citas que se parece a una autoparodia, sin “ensamblar los añicos en un todo armónico y coherente” (p. 344) ni compaginar con el propósito de la narración: exaltar la revolución castrista como suma de todas las revoluciones del siglo XX.

Una de las más curiosas revelaciones del libro reseñado es la semejanza, a la verdad muy perturbadora, que existe entre la enciclopedia literaria de Carpentier y la de Gide (p. 350), con excepción del mundo literario hispánico, *terra incognita* del francés. ¿No será este descubrimiento una especie de *mise en abîme* de la poética de Carpentier cuya cultura básicamente europea no

fue sino parcialmente subvertida por su integración en contextos hispanoamericanos anticartesianos y real maravillosos? ¿No sería lo latinoamericano y cubano aplastado *in fine* y a despecho del novelista por lo europeo? Rita De Maeseneer no deja a su lector enfrentado a la problemática de un Carpentier en conflicto con una europeidad más o menos bien asumida. En su conclusión, ve una solución a esa escisión en la hibridez cultural, que no es enajenación sino condición esencial de su escritura sin alcanzar todavía (como ya escribió hace tiempo) la radicalidad de un Luis Rafael Sánchez. Alejo Carpentier sigue llevando la máscara blanca y europea esforzándose por quitársela.

Esta propuesta sincrética ya hace parte del "De sobremesa" como se titula la conclusión de *El festín de Alejo Carpentier* (pp. 359-370), donde la autora trata de acercar la lectura "culinaria" de las ficciones carpentierianas y la intertextualidad "monstruosamente presente" (p. 361). La verdad es que se destacan más bien contrastes que semejanzas: lo culinario cubano-latinoamericano se enfrentaría a lo intertextual europeo, pero la comida, a veces, se "culturaliza", se "literaturiza". Y la cultura es para Carpentier lo que permite construir puentes entre dos realidades semejantes o análogas, es lo que permite la "trasposición", la "traslación", concepto clave de la poética del escritor fundamentada en la metáfora. La tarea que se dio, "nombrar las cosas de América", desemboca en una aporía ya que, como todos sabemos, "le mot n'est pas la chose". Pero por la magia de su escritura, Carpentier convirtió *les mots* en *mets*, "añadiendo succulentas conmutaciones a lo culinario y reescribiendo textos en su estilo tan magistral" (p. 370).

Ya dije que Rita De Maeseneer había dedicado su tesis doctoral a Carpentier: no nos maravillaremos, pues, de que su dominio de la prolífica bibliografía sobre el cubano se acerque a la perfección deseada. Tan sólo echaremos de menos la omisión de los estudios preliminares de Federico Acevedo a *El reino de este mundo* y a *Concierto barroco* (Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994, para ambos).

Con todo, no cabe duda de que el libro de Rita De Maeseneer es desde ahora un plato exquisito de la cocina criolla que todos los *gourmets* de la mesa carpenteriana tienen la obligación de probar. Seguro que lo saborearán.¹

Jacques Joset
Universidad de Lieja
Bélgica

¹ Como todos fuimos víctimas de errores tipográficos y, ahora, de incoherencias electrónicas, y como todos echamos de menos el trabajo pulcro de las imprentas de antaño, me permitiré señalar algunas erratas fácilmente subsanables empezando con una autorreferencia errónea en la p. 145, n. 1, donde hay que leer "De Maeseneer (1995)" (no 1997); p. 195, l. 17: "significativamente" (no "significativamente"); p. 214, n. 1: "manuscrito" (no "mansucrito"); p. 267, l. 8: "proveedores" (no "proveedores"); p. 268, l. 5: "cierstos" (no "cier-tos"); p. 270, n. 3: *El siglo de las luces* (no *El sigl -de las luces*); p. 340, l. 27: "bailarina" (no "bailerina").